



Escuela en la localidad de Bosa

Tablero de nuestras primeras letras¹

Jorge Arturo Huérfano Méndez,
Jairzinho Francisco Panqueba Cifuentes, Blanca María Peralta Guaz

La Escuela de San Bernardino, fundada en el siglo XIX, hoy Institución educativa distrital, conserva la memoria de los inicios de la educación en Colombia. Durante la Colonia fue un puesto permanente de catequesis y adoctrinamiento administrado por la comunidad franciscana, fundadora de las primeras escuelas para indios.

Aquí llegaron los primeros doctriñeros, que obligaron a los aborígenes a cambiar su escuela cotidiana –la naturaleza–, por un sistema repetitivo y formal. Los doctriñeros enseñaron el castellano y abolieron la lengua y los dioses indígenas. En este relato, los abuelos describen sus memorias cotidianas escolares, que tienen la efervescencia sagrada de la chicha y el conocimiento profundo y sabio de su territorio. Relatos del pasado y el presente.



Dibujo de la Escuela San Bernardino, tomado de un antiguo folio.

El Colegio San Bernardino² es el punto de partida para recorrer las memorias cotidianas escolares del territorio muisca de Bosa, donde habitan comuneros y comuneras muiscas, junto con otros grupos que se han asentado en las veredas San José y San Bernardino y en barrios aledaños.

El actual Colegio San Bernardino ocupa el espacio donde se asentaba una chochita de bahareque y paja, conocida como Escuela Rural San Bernardino, primera escuela del asentamiento, fundada en las postrimerías de la década de 120. Ex-alumnos y ex-alumnas del colegio aún habitan el territorio de las veredas San José y San Bernardino y cuentan actualmente con edades entre los 55 y 95 años.

6

Rosa Clara, una de las ancianas que recibió educación en la Escuela San Bernardino.



Fotografía: Corporación A. y E. Tingua

Los doctriñeros españoles pertenecientes a la orden de los franciscanos enseñaron las letras del castellano a los indios de Bosa por medio de La Biblia, primera cartilla incorporada en el siglo XIX y parte del XX como texto obligado o de consulta permanente para la educación primaria.

Los abuelos y abuelas que nos han informado sobre la época pertenecen a las familias Tunjo, Chiguasuque, Neuta, Alonso y Fontiva –apellidos propios de la población muisca–. Las voces que hoy nos han concedido este recorrido por el sendero de la memoria educativa corresponden a indígenas muiscas, a pesar que “el Estado Nacional, durante dos siglos eliminó la referencia a la población indígena, [pues] ya eran campesinos, ya eran comunidades, ya eran poblaciones rurales, ya eran huasipungueros” (Ospina, 2004).

Los indios pagan su primera pensión

Los doctriñeros españoles pertenecientes a la orden de los franciscanos enseñaron las letras del castellano a los indios de Bosa por medio de La Biblia, primera cartilla incorporada en el siglo XIX y parte del XX como texto obligado o de consulta permanente para la educación primaria.

Las poblaciones de Bosa y Soacha contaban hacia el siglo XVI con 969 indios tributarios, y su territorio se caracterizaba por ser una larga extensión de tierras productivas. Estos terrenos constituían la vía de acceso a las quintas y a las haciendas Santa Catalina, Quiroga, La Fragua, La Maguana y Terreros, entre

- 1 Texto elaborado con base en la investigación “MuisKañobá: caminando por el sendero de la memoria educativa del territorio muisca de Bosa”, ejecutado por la Corporación Ambiental y Empresarial Tingua y financiado por el IDEP en el marco del programa Proyecto Centro de Memoria.
- 2 Co-investigadores en este proyecto y aprehendedores de las sabidurías interculturales legadas por gentes y pueblos americanos.
- 3 El Colegio San Bernardino está ubicada en la carrera 89 No. 79-51, sur, vereda San Bernardino, territorio muisca de Bosa.

otras, donde prevalecían los cultivos de maíz y de cebada, y era tierra propicia para la cría de ganado vacuno, ovejas y yeguas (Cf. *Corporación La Candelaria*, 2004: 308).

Su territorio iniciaba en el cruce de la avenida Caracas con calle 1ª –actual estación de Transmilenio La Hortúa– y unía a Santa Fe con Sibaté, Fusa y Pandi. Igualmente, se constituyó en importante medio de comunicación con los pueblos de tierra caliente, siendo una variante de acceso al puerto comercial que marcó la vida cotidiana de nativos y extranjeros: el río Magdalena (Cf. *Corporación La Candelaria*, 2004: 308).

Territorio-Escuela-Territorio

La cotidianidad de niñas, niños y jóvenes en el territorio muisca de Bosa –relatada por abuelos y abuelas– transcurría entre ocupaciones propias del ámbito rural: labrar la tierra, contemplar el paisaje y disfrutar del río Tunjuelito, espacio cotidiano y despensa alimenticia, donde pescaban guapuchas –pez que era base de la alimentación en los territorios aledaños a la cuenca del río Tunjuelito–. Igualmente, el río era un lugar de recreación; una vez por semana al salir de la escuela iban allí en compañía de las profesoras. En las horas de descanso diario, los niños se bañaban en una de las orillas del río próxima al plantel.

Comenta Dolores Fontiva, de 76 años: “Hice [grado] primero en la Escuela de San Bernardino, que quedaba ahí, donde ahora es el colegio grande. Después, me fui a trabajar a una finca, porque nuestros padres lo que querían es que uno aprendiera a trabajar, y ya”.

Territorio-Escuela-Territorio es la relación que hemos aprehendido de abuelas y abuelos muisca con quienes hemos conversado. Sus palabras dan cuenta del arraigo y de la relación directa que establecen los exalumnos del Colegio San Bernardino con su territorio: allí se mueven, viven, relacionan, conviven, tienen imaginarios, recuerdos y memorias cotidianas que se inscriben en el pasado y en el presente. En consecuencia, sus relatos interculturales están insertos en unos tiempos y espacios definidos: son territorio en sí mismos, lo cual se refleja en criterios propios de la escuela y de la ciudad.

Maíz tostado y panelón

En una bolsa plástica reciben hoy su refrigerio miles de estudiantes en el Distrito Capital, refrigerio que consiste en leche, yogurt o kumis; galleta, pan, queso, arequipe o le-

Píldoras de MuisKanoba

1920. La Escuela Rural San Bernardino estaba construida en barro y su techo era de paja. Sólo había un salón.

1927. Esa fecha aparece en la memoria de Víctor Chiguasuque, “el cabro chiquito” –como lo solían llamar sus amigos y exalumnos de la Escuela San Bernardino– como el inicio de su educación primaria.

1948. Jorge Eliécer Gaitán apoyó la construcción de un salón en ladrillo para la Escuela San Bernardino. Por tal motivo, desde entonces la escuela recibiría el nombre de Escuela Jorge Eliécer Gaitán. La placa de inauguración se encuentra actualmente en una de las paredes del acceso principal a la institución.

che condensada. Se complementa el combo con una fruta que varía día a día.

En contraste, las onces o “medias nueves” descritas por abuelas y abuelos que estudiaron en San Bernardino, eran preparadas y extraídas de sus propias huertas: se tostaba maíz, cebada perlada y arveja verde. Las guapuchas fritas, asadas o cocidas, y chicharrones picados se mezclaban con el maíz tostado para darle un sabor particular.

Rafael Chiguasuque, abuelo muisca de 80 años que asistió a la escuela de San Bernardino durante los años 30 del siglo pasado, narra que “[...] con dos centavos compraba para las onces un pedazo de panela y una bola de *chucula*, que era chocolate con harina [de maíz]; un panelón valía un centavo. No siempre nos daban [dinero] para las onces; a veces nos daban plátano y naranjas”. Igual que ahora, en la escuela del siglo pasado también existía “combo” propio.

Rosario Alonso, que aún habita el territorio muisca de Bosa, cuenta que en 1955, “[...] para la entrega de los boletines finales íbamos caminando hasta Bosa; allí el señor alcalde nos hacía la clausura del año escolar. Los boletines igualmente eran firmados por él. Cada escuela iba con su jefe de grupo.

Nos dictaban las clases en un salón para tres cursos: primero de primaria, segundo y tercero. Como había una sola profesora para dictarnos, entonces ahí las monitoras le ayudaban a la profesora a controlar estos cur-

sos; mientras a uno lo ponía a estudiar una lección. Como el salón era grande, se hacían tres filas, una con cada curso [...] Si una era juiciosa, las profesoras la nombraban monitora y uno se encargaba de dos compañeros de curso”.

Esta manera de enseñar se desprende del método lancasteriano o de la enseñanza mutua, que “[...] se basaba en el uso de los alumnos avanzados, denominados monitores, para que enseñaran a sus compañeros principiantes los conocimientos adquiridos” (Mantilla, 1984-1987: 526)⁴.

Así se escribió esta página de la educación en el país, en tiempos de meriendas con base en las habas y diversión conformada por paseos al río, aspectos de la vida que sustituyen con ventaja a las contemporáneas papas fritas y “chiquitecas”. ●



Las nuevas generaciones, herederas de la sangre muisca de los Tunjo, Chiguasuque, Neuta, Alonso y tantos otros, recibe la responsabilidad de mantener vivas las tradiciones escolares de la Escuela San Bernardino; eso sí, sin método lancasteriano.

⁴ Aunque extraña el término “monitor” en boca de estos ancianos, su familiaridad con el método lancasteriano explica dicho conocimiento (N. del E.).

